

ARQUEOLOGÍA DEL OCCIDENTE DE MÉXICO

Eduardo Williams y Robert Novella

COORDINADORES



EL COLEGIO DE MICHOACÁN

ARQUEOLOGÍA DEL OCCIDENTE DE MÉXICO:
Nuevas aportaciones

Eduardo Williams y Robert Novella
Coordinadores



El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

PREFACIO	9
EL OCCIDENTE DE MÉXICO: UNA PERSPECTIVA ARQUEOLÓGICA Eduardo Williams	11
LAS COSTUMBRES FUNERARIAS DE LA CULTURA BOLAÑOS Y SU RELACIÓN CON LA TRADICIÓN DE TUMBAS DE TIRO DEL OCCIDENTE DE MÉXICO María Teresa Cabrero	61
LOMA ALTA: ANTIGUA ISLA FUNERARIA EN LA CIÉNEGA DE ZACAPU, MICHOCÁN Patricia Carot	93
COLECCIONES LÍTICAS DE SUPERFICIE DEL OCCIDENTE DE MÉXICO Karen Hardy	123
LAS ACTIVIDADES DE TALLA EN LOS TALLERES DE OBSIDIANA DEL CONJUNTO ZINÁPARO-PRIETO, MICHOCÁN Véronique Darras	139
IMPLICACIONES POLÍTICAS Y ECONÓMICAS DEL INTERCAMBIO DE OBSIDIANA DENTRO DEL ESTADO TARASCO Helen P. Pollard y Thomas A. Vogel	159
ORNAMENTOS DE CONCHA: INDICADORES DE RELEVANCIA SOCIAL EN UN ÁREA DEL OCCIDENTE DE MÉXICO Enriqueta M. Olguín	183

EL MATERIAL CONQUIOLÓGICO DEL OCCIDENTE EN DOCUMENTOS ESCRITOS Y PICTOGRÁFICOS DE LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII Lourdes Suárez	217
LA METALURGIA PREHISPÁNICA DEL OCCIDENTE DE MÉXICO: UNA CRONO- LOGÍA TECNOLÓGICA Dorothy Hosler	237
EVIDENCIA DE PESAS PREHISPÁNICAS EN EL OCCIDENTE DE MÉXICO: UN ESTUDIO COMPARATIVO Della Sprager	297
ECOLOGÍA CERÁMICA EN HUÁNCITO, MICHOACÁN Eduardo Williams	319
<i>RERUM NOVARUM</i> : EL MITO DE MEXCALTITÁN COMO AZTLÁN Phil C. Weigand	363

RERUM NOVARUM:
EL MITO DE MEXCALTITÁN COMO AZTLÁN

Phil C. Weigand¹
El Colegio de Michoacán

Clemente: “Yo soy Aztlán”.

Los mexica eran chichimecas, según ellos mismos insistían (v. gr. Durán, 1967; Sahagún, 1988). Este término no carecía de honor, pero se encuentra en contradicción con la idea de un lugar de origen para ellos en Aztlán, en el occidente de Mesoamérica. Para su éxodo de Aztlán el occidente de Mesoamérica contaba ya con una vieja civilización, y no era un lugar de origen, o “productor” de chichimecas. Las fechas que se han postulado son las siguientes: 902 d.C. (*Códice Ramírez*, [Tovar 1944]); 1069 (*Crónica Mexicayotl* [Tezozomoc 1949]); 1090 (*Códice Chimalpopoca* [Velázquez 1975]; *Anales de Cuauhtitlán* [Velázquez 1945]); o 1155 (*Anales de Tlatelolco* [Berlin y Barlow 1948]).

Por “chichimeca” debemos entender aquello que originalmente significó un tipo sociocultural, y no siempre una etnia *per se*. Existieron chichimecas tarascos, igualmente que otomíes y nahuas. Desde la perspectiva de los centros metropolitanos civilizados, este término significaba algo así como “bárbaros”, o sea aquellos pueblos que se encontraban dentro de las fronteras económicas de la civilización, que eran partícipes simbióticos, pero que no eran realmente civilizados, ni se encontraban bajo el control directo de los centros metropolitanos. Muy frecuentemente eran mineros o agricultores sedentarios, y habitaban las estepas del Bajío y las planicies al sur, así como las laderas de la Sierra Madre Occidental y de la Oriental. El término “chichimeca”, desde la perspectiva propia de estos pueblos,

1. Traducido por Eduardo Williams.

probablemente significaba “hijos de perros”: de ninguna manera un peyorativo, sino más bien una referencia a las transformaciones nagualísticas que formaban un elemento central en sus mitos de origen. Otra interpretación es que el término significa “águilas” (Ixtililxóchitl, 1965).

En un sentido muy real, muchos mesoamericanos probablemente compartieron estos antecedentes en un momento u otro. Pero es justamente un problema de cronología el determinar quién era o no chichimeca. Usando ese término como punto de referencia, podemos dividir a los habitantes de Mesoamérica —incluyendo la zona fronteriza— en seis grupos:

1. Aquellos que nunca usaron el término, y que no consideraban a los “chichimecas” como parte de su herencia cultural, si es que alguna vez lo hicieron —los mayas, mixtecas, zapotecas—;
2. Aquellos que no usaban el término, pero que aceptaban se les considerara como emparentados con los “chichimecas”, a través de descendencia real —aunque distante— o de alianzas y matrimonios (Cholula, Culhuacán);
3. Aquellos que estaban orgullosos o cuando menos muy conscientes de su herencia “chichimeca” (p'urhépechas, mexicas);
4. Aquellos que, por una u otra razón, usaban sus términos étnicos en conjunción con el término “chichimeca” (tolteca-chichimeca, teul-chichimeca);
5. Aquellos que eran realmente “chichimecas”, por su situación geográfica y económica (guachichiles, guamares, zacatecas, pames); y finalmente,
6. Aquellos que apenas se estaban convirtiendo en “chichimecas”, o que se encontraban completamente fuera de las fronteras económicas de la civilización (los teochichimecas).

Esta clasificación es una herramienta de estudio, de la misma manera que es una realidad histórica, pues podemos verla como un *continuum* desde los pueblos más antiguamente involucrados en la civilización (los números 1 y 2), hasta los más recientemente civilizados (3), los apenas civilizados (4), los pueblos de la frontera, “bárbaros” pero integrados simbióticamente (5), y finalmente aquellos que se encontraban enteramente fuera de la frontera, o en contacto limitado con el anterior grupo (6).

El occidente de Mesoamérica no fue una de las zonas que produjeron “chichimecas”, sino más bien los absorbió, de la misma manera que el centro de México. Desde el Formativo Temprano, y a través del período Clásico, esta área tuvo sociedades complejas (Weigand, 1985, 1989, 1990, Boehm y Weigand, 1992). Si buscáramos el lugar de origen de los chichimecas—Aztlán en este caso—en el occidente de Mesoamérica, sería como buscar a los habitantes de las estepas en los trópicos y subtrópicos: no los encontraremos ahí por la misma definición antigua del término “chichimeca”, contextualizado en la literatura y la arqueología. Aztlán, como parte del dominio “chichimeca”, se encuentra en otra parte, y no tuvo nada que ver con el Occidente geográfica o culturalmente.

Muy probablemente Aztlán es una manera de pensar, una interpretación en parte mítica y en parte histórica de raíces y orígenes. Es una historia sagrada, *in illo tempore*, misma que es verdadera por ser sagrada. Si aceptamos a Aztlán como una manera de pensar, como un enunciado acerca de la “mexicanidad” de los mexica, entonces no necesitamos de localizarlo en el espacio real. Por otra parte, si aceptamos a Aztlán/mexicanidad e insistimos en localizarlo en el espacio, entonces debemos de discutir sobre el contexto global de las características espaciales y temporales de los documentos relevantes, así como la arqueología pertinente.

La pregunta que surge es si Mexcaltitán, Nayarit —ahora popularmente considerado como “Aztlán”— puede sobrevivir tal escrutinio. Chavero (1887) sugirió tal identificación entre Aztlán y Mexcaltitán, siguiendo la ruta de Guzmán, y postulando que ésta era la ruta de migración azteca en reversa —aunque no enfatizó el hecho de que el mismo Guzmán no estuviera convencido de esta identificación para la zona costera de Nayarit. Un uso selectivo del relato de Antonio Tello (1650) por muchos otros, incluyendo principalmente a Jiménez Moreno (1972), ha reforzado el fascinante argumento de Chavero. Un punto clave en este argumento —aparte de la existencia de una comunidad prehispánica llamada Aztatlán, que perduró hasta la época del contacto—, es lo que se vio como la raíz “mexi” en Mexcaltitán. Robelo (1951), entre muchos otros, ha cuestionado esta interpretación, y ha postulado que Mexcaltitán puede estar más cercanamente relacionado con “metztitecacan”, la raíz referente a la luna, en lugar del prefijo “mexi”. Algunos huicholes contemporáneos todavía

se refieren al lugar como una de las localidades de “metzelli”, o sea, la luna. Además, la mayoría de referencias a Aztlán la localizan hacia el norte, no el occidente. De igual manera, Mexcaltitán se encuentra situada en un ambiente bajo, plano y pantanoso, mientras que muchas de las descripciones geográficas de Aztlán tienen como motivo central al “culhuacán” o cerro encorvado, que puede contener a las cuevas o grutas de los antepasados (el “Chicomoztoc”).

El breve estudio cuantitativo de los mitos de migración mexicas hecho por van Zantwijk (1985), afirma que de las dieciocho fuentes que tratan de estos asuntos de orígenes, trece dicen que la migración inició en Aztlán, mientras que para otros dos la migración se inicia en Chicomoztoc, y para los informantes de Sahagún ésta se inició en las estepas semiáridas, entre el resto de los chichimecas. Muchas de las fuentes identifican para propósitos prácticos a Aztlán y Culhuacán como un mismo lugar, o como lugares cercanos, con el último siendo la primera escala al iniciar la migración, como en el Códice Boturini (1975). Es importante señalar que la secuencia de lugares visitados durante la migración, incluyendo muchas de las primeras paradas, varía de acuerdo a la fuente consultada. Algo que resulta muy claro a partir del estudio de Boehm (1986) es que parece haber muchos mitos, leyendas e historias, fundidas diferencialmente en relatos siempre diferentes y en ocasiones contradictorios. La existencia de tantas versiones significa, como muchos lo han hecho notar, que los mitos de migración no forman un *corpus*, sino que más bien provienen de fuentes transformadas y editadas —si es que existió la intención mexicana de hacer tal cosa— al momento de la conquista española. Ciertamente, no parece haber una versión realmente estandarizada del mito de la migración, aunque sí hubo por supuesto una serie unificada de conjuntos simbólicos y de personajes.

Este alto grado de variabilidad descontextualiza aún más a los mitos de migración en referencia a un marco geográfico específico. Puede ser que las correlaciones con los mitos de origen toltecas, que revelan su uso por los aztecas y/o orígenes comunes, *ab incunabulis*, sean las que mejor puedan ayudar a establecer la secuencia y los datos geográficos específicos. En la *Historia tolteca chichimeca* (Kirchhoff, 1976), esta historia de sus orígenes comparte muchas de las imágenes del relato de Durán (1967),

especialmente las dos primeras líneas, y el sentimiento de algo lujuriente en las líneas que les siguen:

Aquí estaba la montaña encorvada,
El lugar de las abundantes aguas esmeralda,
Donde crecen los tules blancos,
Donde se encuentra la caña blanca,
Donde el sauce blanco está erguido,
Donde yacen las arenas blancas de río,
Donde crecen especies de algodón de varios colores,
Donde viven los lirios acuáticos de muchos colores,
Donde está el juego de pelota mágico,
Donde el puma amarillo yace extendido.

Para la mayoría de las fuentes, es realmente la salida de los mexicas de Culhuacán —ya sea que se trate o no de Aztlán—, la que marca las secciones épicas y con detalle social de la migración. No es apropiado seleccionar de entre las múltiples divergencias en las fuentes solamente aquellos rasgos geográficos que concuerdan con nuestro lugar favorito para situar a Aztlán y olvidar el resto. Aparte de ser un mal tipo de investigación, esto sugeriría que existen otros intereses que son más importantes que el examen formal del problema. En Mexcaltitán tenemos solamente uno de los símbolos geográficos: la isla y el lago. El cerro encorvado y “Chicomoztoc” hacen falta, y no se pueden localizar en ningún lugar cercano, lo cual concuerda con el hecho de que las versiones que discuten a Aztlán y Culhuacán insisten en que son dos lugares distintos y separados entre sí. Si utilizamos solamente este tipo de selectividad, podríamos localizar cualquier sitio en cualquier lugar, que es exactamente lo que ha sucedido con Mexcaltitán y Aztlán. Muchas de las más detalladas descripciones son bastante explícitas y razonablemente específicas concerniendo las asociaciones geográficas. El relato de Fray Diego Durán es una de éstas:

En ese lugar se encuentra un gran cerro en medio de las aguas, y se conoce como Colhuacan, porque su cima está torcida; esta es la Montaña Encorvada. En sus laderas hay cuevas o grutas donde nuestros padres y abuelos vivieron durante muchos años [...] Ahí ellos tenían a su disposición grandes bandadas

de patos de diferentes tipos, garzas, aves acuáticas, y grullas [...] Ellos también tenían muchos tipos de peces grandes [...] la frescura de arboledas en las orillas de las aguas [...] manantiales rodeados por sauces y alisos, todos ellos altos y bellos. Nuestros ancestros viajaban en canoas y hacían jardines flotantes sobre los que sembraban maíz, chile, jitomate, amaranto, frijol y todos los tipos de semillas que ahora comemos y que fueron traídos desde ahí (Durán, 1967).

Esta descripción se acerca más a la cuenca de Chalco/Xochimilco que a la zona alrededor de Mexcaltitán y los pantanos de Nayarit. Sería mejor que mantuviéramos a Aztlán dentro del ámbito del espacio sagrado, como una idea abstracta relacionada con la “mexicanidad” de los mexicas en tiempos prehispánicos, en lugar de tratar de fijar su ubicación en la geografía física, o de verla como la raíz de las sociedades nativas dentro de lo que *hoy* conocemos como México. Octavio Paz en su obra *Posdata* (1970) analiza el “punto de vista nahua” de una manera muy convincente: la proyección de la “mexicanidad” hacia el periodo prehispánico es una filosofía política contemporánea en apoyo de la “pirámide del poder” o centralismo. Rudolfo Anaya, en su obra alegórica *Heart of Aztlán* (1976), hace que su héroe reconozca que Aztlán es un estado de ánimo. Clemente se da cuenta de que Aztlán está dentro de él: “Yo soy Aztlán”.

Además, sabemos que Itzcoatl, el primer rey independiente de los culhua mexicas (ca. 1433 d.C.), hizo que se destruyeran todos los libros sagrados, que incluían la historia tanto de su pueblo como de los tepanecas, puesto que no se apegaban a la imagen que él quería. El estudio de León Portilla sobre los informantes de Sahagún contiene la siguiente cita:

Se guardaba su historia.
Pero, entonces fue quemada...
Los señores mexicas dijeron:
no conviene que toda la gente
conozca las pinturas.
Los que están sujetos (el pueblo),
se echan a perder
y andará torcida la tierra,
porque allí se guarda mucha mentira,
y muchos en ellas han sido tenidos por dioses
(1979, pp. 251-252).

Se compuso una historia más digna, y es dentro de esa tradición histórica que tenemos al paradisiaco Aztlán, un espacio sagrado de orígenes que se encontraba lleno de belleza y de probidad. Una historia motivada políticamente y vuelta a escribir, no es el lugar más confiable para calcular especificidades geográficas, rutas de migración, o detalles sociales del pasado antiguo. Idealmente, deberían de existir conjuntos significativos de datos en la literatura y en la arqueología para ser comparados con el relato de Aztlán. No quiere decir que el relato no tenga valor histórico: al igual que el Éxodo de Egipto, el relato tiene un núcleo ideológico que es central para nuestro entendimiento de la religión y filosofía política de los mexicas: y es muy poético en sí mismo. Aztlán como el “México ocupado”, o el sudoeste de los Estados Unidos, es un lugar hacia el que los pueblos antiguos están regresando hoy día, como trabajadores “indocumentados” en su propia tierra (v. gr. Miguel Méndez, *Peregrinos de Aztlán*, 1974), es parte de la ideología nacionalista de una “minoría” territorial. Este es un uso poderoso y evocativo del concepto de Aztlán, mismo que —independiente del centralismo— ha ayudado a los chicanos a seguir siendo conscientes de sus raíces y derechos.

Parece ser más adecuado al presente estudio el examinar la insistencia de los mexicas de que eran “chichimecas”, y contextualizar esa clasificación dentro de lo que sabemos sobre la etnogénesis de sus vecinos, que eran en gran medida también de ascendencia chichimeca. Esto ha de lograrse en un marco ecológico y arqueológico de la *interfase* entre los chichimecas y los metropolitanos. La única ruta documentada para la llegada de chichimecas al centro de México es a través del Bajío. Esta área es rica en minerales y posee buenas tierras de cultivo. Contaba con una buena dotación de agua, aunque era susceptible a sequías prolongadas. Las características y densidad de asentamientos en esta zona dependen más de factores sociales que ambientales. Justo fuera de esta zona, misma que se extendía de los Altos de Jalisco hasta Hidalgo, se encuentra la estepa semiárida, donde la agricultura era más difícil pero sí era posible, a lo largo de los ríos y en varios oasis. También es ésta una zona rica en minerales, incluyendo sales y afloramientos poco frecuentes de obsidiana. Tenía la zona una variada vida vegetal, incluyendo peyote, y una variada población animal. Ambas zonas al norte del Río Lerma eran ricas en recursos, y por

eso desde tiempos muy tempranos se integraron económicamente dentro del sistema socioeconómico de la metrópoli mesoamericana. Estas zonas fueron el hogar de los “chichimecas” clásicos (números 4 y 5). La configuración de las cadenas montañosas occidental y oriental que limitan a la estepa hacia el sur produjeron un “embudo” que canalizó las migraciones y/o invasiones hacia el valle del Lerma medio y superior. Con la excepción de los caxcanes, que se encontraban introduciéndose en la zona nuclear lacustre del occidente de Mesoamérica a través de los valles intermontanos —especialmente el de Juchipila—, los casos documentados de migraciones y/o invasiones chichimecas se verificaron en dirección hacia la parte inferior del embudo. Parece ser que el factor de atracción que inducía a las gentes hacia las zonas metropolitanas de la civilización, se encontraba dentro del campo de lo sociocultural, más que de lo directamente ambiental, al igual que en el oriente cercano (v. gr. Hitti, 1956). Armillas (1964, 1969) propuso con vehemencia el papel de las fluctuaciones ambientales como elementos que explican la inestabilidad demográfica dentro de estas zonas de frontera. Yo creo que su principal contribución fue el señalar las características ambientales de las zonas, y el discutir las como partes simbióticas de la civilización. La inestabilidad ambiental puede significar condiciones mejoradas de la misma manera que deterioradas. Las primeras pueden producir un excedente de población, de la misma manera que las últimas pueden significar que la población deba de mudarse de lugar. Dentro de ese escenario ambiental, sin embargo, parece que fue durante los tiempos de inestabilidad y cambio dentro de las zonas metropolitanas que se verificaron los movimientos hacia fuera de esas zonas. Los factores de atracción existieron a lo largo de todo el *interfase* chichimeca/metropolitano: los chichimecas avanzaron *hacia* el occidente de Mesoamérica —y no desde esta área—; los tarascos reconocieron ese componente de su propia herencia (*Relación de Michoacán*, 1541 [Tudela 1976]). Más que postular orígenes sudamericanos para los p'urhépechas, basados en posibles similitudes lingüísticas con el quechua, y en su involucración en el desarrollo de la metalurgia, los orígenes “chichimecas” que los tarascos reconocen abiertamente probablemente quieren decir que sus raíces se encuentran dentro de los otros grupos lingüísticos no clasificados y de composición social “teochichimeca”, los coahuiltecas.

Es posible que sean por primera vez reconocibles en la arquitectura, en el área entre Guanajuato y San Miguel Allende, donde aparecen durante el período Clásico los prototipos de la yácata similar a la de Tzintzuntzan. Esta misma área tiene una importante distribución de Anaranjado Delgado, indicando —a pesar de la arquitectura tan distintiva— fuertes lazos con Teotihuacán (Bejarano, 1977). Esta es el área que los p'urhépechas concebían como propia, y en la cual se encontraban distribuidos a la llegada de los españoles grupos de tarascos que todavía eran chichimecas socioculturalmente (*Relación de Michoacán*). Cerca de ellos, en el valle del Lerma medio, se encontraban los guachichiles y los guamares. Estos últimos, junto con los cōina —aparentemente un grupo asentado en los peñoles, posiblemente de filiación caxcana (*Mapa...de Compostela* de 1550 [Acuña 1988])—, estaban presionando a sus vecinos occidentales. Como ha sido mencionado, los caxcanes, o teul-chichimecas, estaban haciendo impresionantes incursiones hacia las zonas nucleares del occidente de Mesoamérica. Tello (1968) registra un éxodo de caxcanes de Tuitlán aproximadamente 250 años antes de la llegada de los españoles a México (ca. mediados del siglo XIII). Tuitlán podría ser La Quemada, pues ciertamente existen similitudes arquitectónicas entre ese centro y los peñoles caxcanes de fechas posteriores. Actualmente se llevan a cabo investigaciones en La Quemada por Jiménez y Nelson (1990), y estos trabajos no sugieren la existencia de ocupaciones postclásicas para la ciudadela. Sin embargo, esta hipótesis ignora las fechas de Carbono 14 de Armillas para el sitio, así como el hecho de que el muro exterior de la fortificación, que es el elemento arquitectónico más monumental del sitio, rodea y cubre construcciones del Epiclásico. Obviamente, esta fortificación es más tardía que los edificios epiclásicos, y por ende fecha hacia el Postclásico. La atribución de fecha de La Quemada/Tuitlán es bastante problemática.

Ya sea que La Quemada sea Tuitlán o no, definitivamente no es “Chicomoztoc”: como ya mencionamos, este último debe de considerarse desde la perspectiva del espacio sagrado. Pero parece estar de alguna manera relacionado con las migraciones/invasiones de los teúl-chichimecas hacia la metrópoli del occidente de Mesoamérica. Varios autores (Weigand, 1982; Hers, 1990) han sugerido un concepto similar al que propuso

Jiménez Moreno (1941) con el nombre de “proto-tolteca”, según el cual los tolteca-chichimeca y los teúl-chichimeca dejaron un área más o menos contigua, muy probablemente la región de Chalchihuites, tras el colapso de la colonia minera que ahí se encontraba (Weigand, 1982, 1968; Kelley, 1976, s.f.) y/o La Quemada, los primeros yendo hacia el sureste y los otros al sur. Esto se realizó como un proceso, no como un evento, y duró por varios cientos de años, los mexica parecen haber estado involucrados en la parte final del mismo. Debe de hacerse notar que hubo otras áreas dentro de la zona fronteriza que pudieron haber sido el punto de partida de algunos de estos chichimecas. Las actividades mineras prehispánicas en San Luis Potosí pudieron haber producido otros grupos de “proletariado externo” (Zaragoza Ocana, 1991): al igual que en el orden económico contemporáneo, las sociedades que tienen una fuerte conexión con la minería son muy susceptibles de ser influenciadas por los cambios políticos y económicos en las zonas metropolitanas. Los períodos de depresión dejaron a estas comunidades en una situación desprotegida, y resulta natural que un elemento dentro de ellas haya decidido regresar a la metrópoli desde donde emanaba el estímulo para su fundación y sostenimiento. Al igual que en el caso de Chalchihuites, estas sociedades estaban altamente organizadas (Kelley, 1976; Weigand, 1982; Hers, 1990), y eran perfectamente capaces de efectuar una invasión, en el sentido estricto de la palabra. Las consecuencias del colapso social de la frontera tomarían mucho tiempo en dejarse sentir plenamente: aparentemente, al asumir los mexica y los p'urhépechas sus respectivos sitios en la estructura de poder dentro de la metrópoli, la zona fronteriza se encontraba menos organizada que en cualquier otro momento desde su fundación —casi mil años antes— como participante simbiótico económico dentro de la civilización. Ciertamente había terminado una época, y la zona de avance militar se encontraba más cercana al corazón de la metrópoli que nunca antes. La incapacidad de los culhua mexica de jugar un papel que no fuera solamente defensivo a lo largo de este territorio de frontera, ha matizado nuestra percepción de la importancia del área en tiempos anteriores un punto mencionado por Diehl (1983), al igual que otros. El *Códice Quinatzin* (Hamy, 1885, Lámina 11) muestra de manera gráfica la interfase entre los mesoamericanos de Texcoco y sus vecinos chichimecas durante estos siglos tardíos. Los contrastes son

bruscos e impresionantes, pero no siempre lo fueron. La arqueología, conjuntamente con la lectura contextualizada de documentos como la *Historia tolteca-chichimeca*, (Kirchhoff, 1976) *Anales de Quauhtinchan* (Velazquez, 1945) y otros por Boehm (1986), ha demostrado que esta frontera jugó un papel integral dentro de la historia cultural, social, económica y política de Mesoamérica. El enfoque de Boehm demuestra que toda la época de las migraciones/invasiones fue lo suficientemente espectacular, sin añadir a la historia la fascinación de los escolásticos sobre el avance gradual de los mexicas desde Mexcaltitán.

En resumen, parece ser que el relato mexica de Aztlán puede contextualizarse de dos maneras: como una historia sagrada, en la cual no deben de hacerse asignaciones geográficas reales, y como una parte del proceso histórico de los movimientos demográficos de los chichimecas. En ninguno de los dos casos tiene Mexcaltitán un papel que jugar: la asignación romántica de Mexcaltitán como Aztlán puede ser buena para el turismo y para las imágenes políticas del estado de Nayarit el día de hoy, pero estas pretensiones deberían de ser presentadas como lo que realmente son: simplemente una manera de pensar. Como ya se ha mencionado, Aztlán, en su calidad de espacio mítico y sagrado, no puede ni debe ser localizado dentro del espacio real, una dimensión a la que no pertenece. Al usar al símbolo de Aztlán como una realidad geográfica e histórica, corremos el riesgo de llevar a la “mexicanidad” demasiado lejos en el pasado prehispánico, así como de trivializar a otras culturas forzándolas a jugar papeles poco importantes y lejos del escenario central. La “mexicanidad” pertenece al periodo de forjamiento de la nación, después de la independencia de España; no pertenece al mundo prehispánico, ni se pensó originalmente que explicara otra cosa que no fuera la etnogénesis mítica de los mexica. Aztlán fue para los mexica un símbolo mítico-poético, la tierra paradisiaca de los ancestros, habitada por un pueblo escogido; esto es lo que Aztlán debería de ser para nosotros: un mito viviente que explica la creación, que constituye el paradigma para las actividades subsecuentes, como la conquista, y que no puede localizarse en ningún mapa.

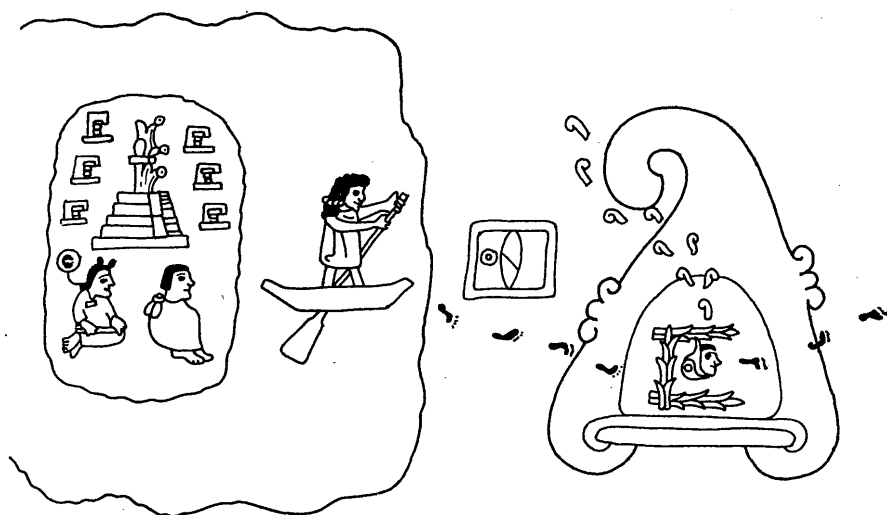


Fig. 1. La salida de Aztlán hacia Culhuacán, o la “peregrinación de los aztecas” según el *Códice Boturini*.

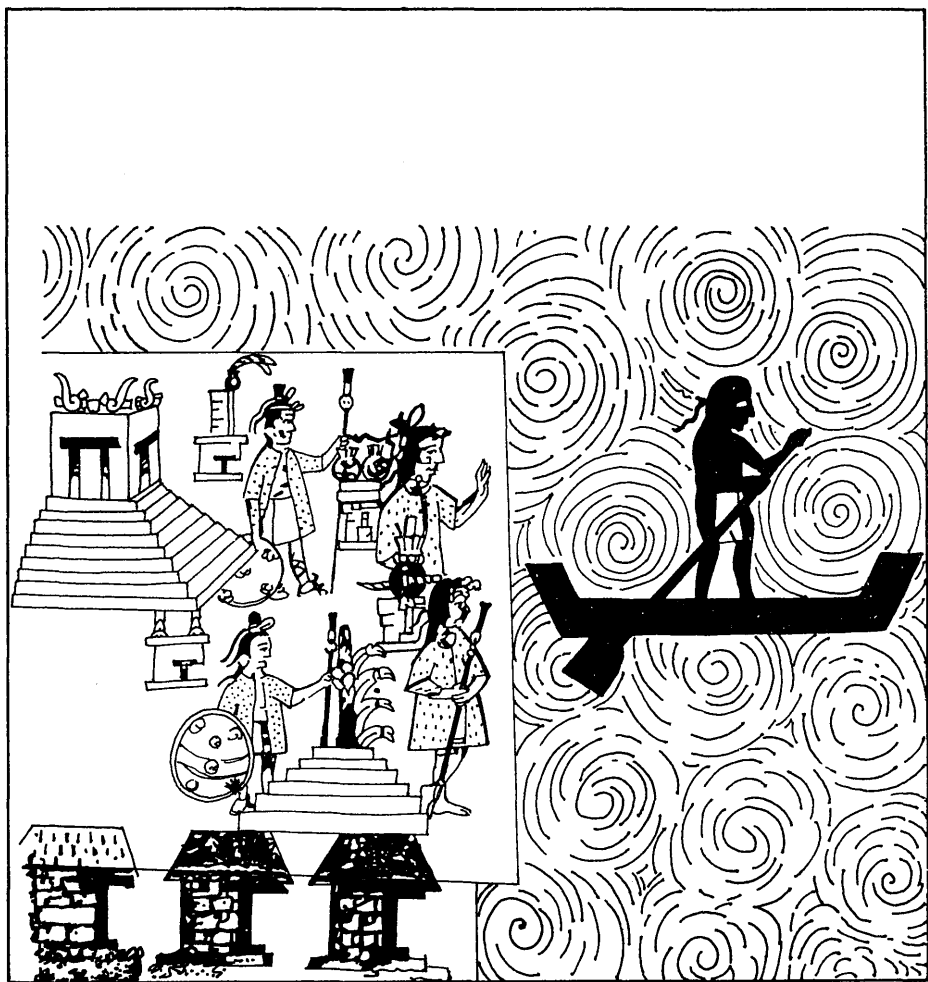


Fig. 2. Los cuatro barrios mexicas de Aztlán, según el *Códice Azcatitlán*.

AGRADECIMIENTOS

El estímulo para escribir este trabajo vino de dos direcciones: como primer motivo sirvió la promoción del estado de Nayarit, que anuncia a Mexcaltitán como “Aztlán”, a la vez que minimiza la importancia de su patrimonio arqueológico real. Mientras que hay personas sinceras involucradas en esta promoción, citando a Chavero, a Jiménez Moreno y a otros en apoyo de tal suposición, en otros existe un elemento de comercialismo, pues ven simplemente la importancia monetaria del turismo.

El segundo estímulo vino de la búsqueda de “lugares de poder” y de localidades místicas por parte de los adeptos a la *New Age*, para entrar espiritualmente a las religiones nativas americanas. Los adeptos al *New Age* están redescubriendo Aztlán/Mexcaltitán, en números crecientes. Esta combinación de circunstancias probablemente hará que aumenten las tonterías que se han estado diciendo acerca del patrimonio arqueológico de Nayarit.

BIBLIOGRAFÍA

Acuña, René (editor)

1988 “Mapa de Compostela” en *Relaciones geográficas del siglo XVI: Nueva Galicia*, UNAM; México, frente a la p. 150.

Anaya, Rudolfo

1976 *Heart of Aztlán*, Editorial Justa Publications, Inc.

Armillas, Pedro

1964 “Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica”, en *Homenaje a Fernando Márquez-Miranda*, Universitarios de Madrid y Sevilla, pp. 62-82.

- 1969 "The arid frontier of Mexican civilization", *Transactions of the New York Academy of Sciences*, 31(6), pp. 697-704.
- Barlow, Robert
- 1949 "El Código Azcatitlán", *Journal de la Société des Americanistes*, XXXVIII, pp. 101-136.
- Bejarano, Emilio J.
- 1977 "Presencia teotihuacana en Guanajuato", en *Los procesos de cambio, XV Mesa Redonda*, Sociedad Mexicana de Antropología, vol. II, pp.335-342.
- Berlin, Heinrich y Robert Barlow (editores)
- 1948 *Anales de Tlatelolco*, Porrúa e Hijos, México.
- Boehm de Lameiras, Brigitte
- 1986 *Formación del estado en el México prehispánico*, Colegio de Michoacán.
- Boehm de Lameiras, Brigitte y P.C. Weigand (editores)
- 1992 *Origen y desarrollo de la civilización en el Occidente de México*, El Colegio de Michoacán.
- Código Boturini...
- 1975 o *Tira de la Peregrinación*, SEP, México.
- Chavero, Alfredo
- 1887 "Historia antigua y de la conquista", en *México a través de los siglos*, vol. I, México.
- Diehl, Richard
- 1983 *Tula: the Toltec capital of ancient Mexico*, Thames and Hudson.

Durán, Diego

1967 *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*, Editorial Nacional, México.

Hamy, E. T. (editor)

1885 *Codex Tlotzin et Codex Quinatzin*, París.

Hers, Marie Areti

1990 *Toltecas en tierras chichimecas*, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México.

Hitti, Philip

1956 *History of the Arabs*, Londres.

Ixtlilxóchitl, Fernando de Alba

1965 *Obras históricas*, (Notas de Alfredo Chavero), Editorial Nacional, México.

Jiménez Moreno, Wigberto

1941 "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", *Revista mexicana de estudios antropológicos*, v. (2-3), pp.79-83.

1972 "La migración mexicana", *Actas del XL Congreso Internacional de Americanistas*, Roma, pp. 167-177.

Kelley, J. Charles

1976 "Alta Vista: outpost of Mesoamerican empire on the Tropic of Cancer" en *Las fronteras de Mesoamérica. XIV Mesa Redonda*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, pp. 21-40.

s.f. *El centro ceremonial en la cultura Chalchihuites*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.

Kirchhoff, Paul (editor)

1976 *Historia tolteca-chichimeca*, INAH, México.

León Portilla, Miguel

1979 “Textos de los informantes de Sahagún” en *La filosofía náhuatl*, UNAM, México, pp. 251-252.

Méndez, Miguel

1974 *Peregrinos de Aztlán*, México.

Nelson, Ben

1990 “Observaciones acerca de la presencia tolteca en La Quemada, Zacatecas”, en *Mesoamérica y norte de México, siglos IX-XII*, editado por Federica Sodi Miranda, vol. 2, INAH, México, pp. 521-540.

Paz, Octavio

1970 *Posdata*, México.

Robelo, Cecilio

1951 *Diccionario de mitología náhuatl*, Ediciones Fuentes Cultural, México.

Sahagún, Bernardino de

1988 *Historia general de las cosas de Nueva España*, (Introducción y notas de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana), Alianza Editorial Mexicana.

Tello, Antonio

1968 *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Xalisco*, Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, México.

Tezozomoc, H.E.

1949 *Crónica Mexicayotl*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México.

Tovar, Juan (editor)

1944 *Códice Ramírez*, Editorial Leyenda, México.

Tudela, José (editor)

1976 *Relación de Michoacán*, Balsal editores, México.

Van Zantwijk, Rudolf

1985 *The Aztec arrangement: the social history of Pre-Spanish Mexico*, University of Oklahoma Press.

Velázquez, P.F. (editor)

1945 *Códice Chimalpopoca, anales de Cuauhtitlán y leyenda de los soles*, UNAM, México.

1975 *Códice Chimalpopoca*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México.

Weigand, Phil C.

1968 "The mines and mining techniques of the Chalchihuites culture", *American Antiquity*, 33, pp. 45-61.

1982 "Mining and mineral trade in Prehispanic Zacatecas", en *Mining and mining techniques in ancient Mesoamerica*, edición especial de *Anthropology*, editado por P.C. Weigand y G. Gwynne, vol. VI, pp. 87-134.

1985 "Evidence for complex societies during the western Mesoamerican Classic period" en *The archaeology of west and northwest Mesoamerica*, editado por P.C. Weigand y M.S. Foster, Westview Press, pp. 47-91.

1989 "Architecture and settlement patterns within the western Mesoamerican Formative tradition", en *El Preclásico o Formativo: avances y perspectivas*, editado por Martha Carmona, Museo Nacional de Antropología/INAH, México, pp. 39-64.

- 1990 “The Teuchitlán tradition of Western Mesoamerica” en *La época Clásica: nuevos hallazgos, nuevas ideas*, editado por Amalia Cardós, INAH, México, pp. 25-54.

Zaragoza Ocana, Diana

- 1991 “Pueblos mineros prehispánicos en el estado de San Luis Potosí”, ponencia presentada en el simposio “Internal developments and external involvements in the prehistory of northern Mexico”, 47 Congreso Internacional de Americanistas, Tulane University, Nueva Orleans.